

Domingo 25 de noviembre de 2018

LA VOZ INTERNACIONAL

Artículos escritos para **La Voz** por los profesores de la **Escuela de Estudios Internacionales (FACES-UCV)**. La responsabilidad de las opiniones emitidas en sus artículos y Notas Internacionales es de los autores y no comprometen a la institución.



HÉCTOR CONSTANT ROSALES

PATRIMONIO CULTURAL: SÍMBOLO DE MULTIPOLARIDAD

Cada civilización, cultura y grupo humano que ha pasado por el planeta ha contado con una actividad creativa de mayor o menor significación y trascendencia. Generalmente asociada con ritos, creencias o celebraciones, la creatividad humana se ha expresado desde tiempos remotos mediante la confección de joyas y vasijas, la producción de lenguajes y caligrafías, hasta la construcción de monumentos y obras arquitectónicas colosales como Chichen Itzá o Tiwanaku.

Con el paso de los siglos, la migración (hoy tan torpemente difundida como un fenómeno exclusivamente moderno), el mestizaje y la conquista fueron dando vida a nuevas civilizaciones que enterraban a las anteriores, consideradas en muchos casos “inferiores”. La fuerza de la guerra y la conquista derivaron continuamente en el fenómeno del memoricidio, nombre que expresa una estrategia consciente de culturas “vencedoras” por promover el olvido de antiguas culturas “vencidas”. En el caso de América, por ejemplo, el memoricidio se reflejó en la destrucción de un sinnúmero de reliquias precolombinas y en la construcción de templos católicos sobre ruinas aborígenes. ¡Cuán rica no sería la historia de hoy si hubiésemos tenido acceso a toda la diversidad y cosmogonía de pueblos antiguos cuyo recuerdo fue destruido por imposición!

Si bien la guerra no resulta, ciertamente, el único medio para desaparecer rasgos culturales –como bien lo recuerda la tragedia de Pompeya, sumida bajo lava vesubiana en el siglo I d.C. – la mano humana ha sido la vía más generalizada y más expedita para destruir el patrimonio y con él la preservación de la memoria del mundo. Todavía hoy, el memoricidio mantiene vigencia en numerosas regiones del planeta que viven verdaderas hecatombes culturales como consecuencia de escenarios bélicos hegemónicos. El saqueo y destrucción de Nimrod o Mosul en Irak, la destrucción de Palmira en Siria o la insólita desaparición de los Budas de Bamiyán en Afganistán son vivos ejemplos de las terribles consecuencias de la guerra y de la irracionalidad humana para la cultura del mundo. De la misma forma, los insensatos modelos de

producción del sistema económico mundial ponen en riesgo la supervivencia del planeta como consecuencia del cambio climático, lo cual produce una continua degradación del patrimonio natural que perturba la supervivencia de numerosas especies vegetales y animales.

La Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) ha venido trabajando desde hace décadas en la conservación del patrimonio mundial (tanto material como inmaterial), fundamentalmente a través de varias normas legales que reconocen su importancia y regulan su resguardo. Sin embargo, la lógica de la guerra sigue siendo un peligro que debemos superar, aunando esfuerzos por alcanzar una paz duradera combinada con un firme compromiso hacia la diversidad cultural. Preservar el patrimonio es preservar la diversidad. Y preservar la diversidad es preservar la multipolaridad.